

**MISIONEROS
CLARETIANOS**



Conclusiones
sobre los
jóvenes 99

El artículo está tomado de “Jóvenes Españoles 99” Fundación Santa María Ed. SM.

Está tomado del capítulo 7
“Reflexiones Finales”

JAVIER ELZO

horizonte menos predeterminado, más abierto. Ésta es su ventaja y su riesgo. De ahí que algunos se hagan Jasp y dirijan empresas u ocupen altos cargos rozando la treintena y otros traspasen esa edad descolocados, desbrujulados, los más afortunados viviendo de sus padres, los otros, sencillamente malviviendo, errando, la mayoría de los jóvenes estando en medio de ambos polos. Todo se juega en el itinerario personal, en el tránsito individual de la adolescencia a la vida adulta, precisamente en la juventud.

Concluamos. En resumen cabe decir que estamos ante la generación juvenil que más medios, materiales y recursos culturales y formativos tiene de toda la historia. También la generación que en mayor grado depende de sí misma para construir su universo de valores, sus proyectos de vida, su vida misma. Pero los grandes proyectos, las grandes ideologías, el ámbito de la política la valoran solamente en tanto les ayude a entender y vivir lo próximo. lo cercano. lo local. lo cotidiano. Apuestan fuertemente por fines nobles, pero les falta el ejercicio de la indisciplina. De hecho, pocos se implican, incluso en aquellos temas, como el ecologismo, el respeto a los derechos humanos, el pacifismo, etc., que valoran en gran medida. Son presentistas, puntualmente Solidarios, tolerantes ante el diferente en mayor medida que los adultos, estrictos en la exigencia del cumplimiento de las virtudes cívicas y más permisivos con los comportamientos privados. Valoran la fidelidad, la lealtad... La gran mayoría son indiferentes a la dimensión religiosa, aunque la actitud ante lo religioso discrimina fuertemente a unos y otros jóvenes. Dicen que son libres para escoger todo tipo de opciones, y es cierto, pero de hecho están atados a la familia, a la escuela, a la rutina del fin de semana en la que tienen, la obligación de divertirse... Se llevan bien con sus padres, con quienes discuten cada vez menos y solamente por cuestiones domésticas. No hay rupturas generacionales. Por otra parte, cada día se abren más puertas al trabajo juvenil, pero viven bajo el síndrome del paro, ciertamente real aunque en niveles desiguales en unos y otros puntos de la geografía española. En fin, están bastante contentos con el trabajo los que trabajan, con los estudios los que estudian, y la gran mayoría razonablemente satisfechos con la vida en general.

cillamente no entienden en razón de que hayan de irse a casa a talo cual hora. Su límite es el cuerpo, lo que aguante el cuerpo. Hay que añadir que los responsables de la hostelería se acomodan muy bien con esta situación, y la farándula publicitada en todas las sopas mediáticas, sin olvidar la dimisión de los padres, más por impotencia que por otra cosa, hacen el resto.

Cada vez menos religiosos, estamos ya de lleno ante una generación que no ha sido socializada religiosamente. No solamente no saben nada ni . . . de fe ni de cultura religiosas, sino que ni sienten la necesidad de saber nada. Es un mundo que les es ya lejano; más aún, inexistente. La pregunta religiosa ha desaparecido de su horizonte vital. Éste es uno de los puntos en los que observamos mayores diferencias en la evolución de los datos de los diferentes estudios que llevamos realizando estos últimos años. Salvo cambios radicales, todo hace pensar que dentro de poco habremos de utilizar, aplicándola a España, la expresión que hace años leí en un texto de Touraine, refiriéndose a su país como «la France ex-catholi- que».

Tienen unos equipamientos materiales como generación alguna ha tenido, unas posibilidades de estudio, a bajo costo y con escasa exigencia, inéditos. Tienen consejerías, concejalías, institutos y demás entidades específicos para la juventud, por doquier. Nunca se han construido más equipamientos juveniles que estos años. Tienen descuentos (como los mayores, dicho sea de paso, cuyos análisis tienen muchos aspectos comunes con los estudios de la juventud) en mil sitios o circunstancias. Para viajar, por ejemplo. Se dicen razonablemente satisfechos, contentos con su familia, con la escuela, con sus amigos y, los estudiantes, hasta con sus profesores. Aunque consideren el paro como el principal problema, de hecho se nota ya que sienten menos angustia ante el futuro que los jóvenes de no hace más de cinco años. Además ya sabemos que, dado el bajón de la natalidad, los jóvenes españoles son cada vez menos numerosos, en un momento de bonanza económica.

Se sienten y, cuando se les pregunta, se dicen libres, pero no están libres. Tienen fuertes ataduras con la familia de origen y viven muchos años, demasiados a los 10s, en la dependencia familiar, escolar, social, experimentando en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen. Nunca tantos jóvenes han tenido tantas posibilidades de construir sus esquemas referenciales, sus propios valores, hasta sus propios proyectos de vida. Nunca estos proyectos han estado menos determinados por su familia de origen, lo que no quiere decir, en absoluto, que no estén muy condicionados por la impronta familiar. Quiero significar que nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un

CERRANDO ESTAS PÁGINAS CON UNA PROPUESTA DE PERFIL DEL JOVEN DE FIN DE SIGLO

Cerrando, porque creo que ya van demasiadas páginas y porque el tiempo de este agosto caluroso llega a su fin. Lo hago proponiendo un perfil del joven español de final de siglo que coincide, en fórmula que me gusta utilizar, con el final del milenio, y ello a pesar de haber insistido en la necesidad de tipologías y mosaicos de estilos de vida de jóvenes. Pero la demanda al investigador de cuál sea «el perfil medio del joven español de hoy» es una cuestión recurrente que resulta difícil eludir. Obviamente, muchos rasgos están ya descritos tanto en los diferentes capítulos del libro como en las páginas anteriores de este capítulo final. Incluso algunos autores de este libro ya han propuesto algunos perfiles sintéticos del joven español, privilegiando las dimensiones que particularmente han analizado. Lo que pretendo ahora es sintetizar al máximo toda la masa de información en un par de páginas, aun siendo plenamente consciente de los riesgos que conlleva toda reducción. Para esta labor no voy a fijarme prioritariamente en dimensiones estadísticas sino en lo que el clásico Max Weber describe como dimensiones idealtípicas, construcciones que intentan ordenar en un tablero relativamente homogéneo las características esenciales de un fenómeno concreto, en este caso los jóvenes españoles de final de siglo. Evidentemente hay no poco de subjetividad en el perfil que presento, pero mis alumnos saben bien que yo no creo en la objetividad pura sino en la subjetividad objetivada, objetivada aquí por las largas páginas del libro entero que dan cuenta del porqué de lo que afirmo aquí abajo y de los parámetros desde los que leo los datos.

Quizá lo primero y esencial a señalar es que estamos ante una juventud que valora por encima de todo lo próximo, lo cercano, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro: del gran relato, de las grandes cuestiones Sociales y políticas. Hace años, con motivo del estudio del año 89, señalaba que los jóvenes querían insertarse, aun críticamente, en la sociedad, a diferencia de la generación anterior que pretendió cambiarla, e incluso algunos, los más pudientes, los de clase social más alta y sin problemas de empleo y dinero, pretendieron cambiarla radicalmente. Los jóvenes del 99, ya lo apunté tímidamente tras el estudio del año 94, han dejado de lado, no solamente toda ínfula revolucionaria sino también las demandas de integración social: sencillamente se saben dentro, aunque aparcados, en *stand by*. Además, muchos se sienten felizmente aparcados, temerosos de pasar de la realidad virtual del nicho escolar y familiar a la realidad

real de una intemperie competitiva, dura, ramplona y pesetera, en la que «el que vale y el que no al Indautxu''' como decíamos metafóricamente- en mi juventud, para significar que uno no servía para el Athletic.

Los jóvenes de hoy no quieren otra revolución que la de todos los días, la que les haga sentirse mejor en su piel, más cómodos, más asentados, más felices. Son presentistas. Pero de ahí no se concluya que sean egoístas, por utilizar por comodidad de expresión un término moralista que a menudo se les aplica, demasiado rápidamente. En efecto, estos jóvenes no aceptan la injusticia, son solidarios, puntualmente solidarios es cierto, pero toda la sociedad lo es y, de hecho, son ellos (algunos, claro) los que no dudan en «perder" uno o dos años de su vida para irse, por ejemplo, a América Latina en un programa de cooperación al desarrollo, o trabajar por implementar el 0,7 % en España, protagonizar en Euskadi la revuelta contra ETA y los suyos, acabar con el servicio militar obligatorio y demás alternativas para- militares... Son los jóvenes los que en mayor grado aceptan al diferente, sea bajo la forma de singularidad sexual (así, con los homosexuales) , sea como consecuencia de haber contraído alguna enfermedad problemática (así, con el sida), sea con los emigrantes, las gentes de otra raza, etc. Es verdad que hay un riesgo evidente de aumento de actitudes xenófobas en la sociedad española. También en su juventud, pero hay que añadir, á renglón seguido, que son los jóvenes los más receptivos, cuando no los propulsores de muchas políticas de mestizaje social y cultural. Más aún, no creo equivocarme si digo que el gran dilema de conjugar el mantenimiento de la historia y de la tradición, de la singularidad regional o nacional propias con la globalidad y uniformidad se a va resolver, en gran medida, en la práctica consuetudinaria de los jóvenes, en el intercambio universitario, en los desplazamientos laborales, en los viajes, en los *chats* de Internet, en una práctica cada día mayor de encuentros, lazos, intercambios, etc. Esta práctica no supone renunciar a lo propio, a lo históricamente identitario; más bien constatamos que hay un retorno y un afianzamiento de prácticas simbólicas de otra época en busca de las raíces perdidas o dejadas en sordina, así como un resurgir de nacionalismos o regionalismos. Precisamente, una vez más, como la otra cara de la globalización, en pro de la identidad singular.

Los jóvenes propugnan con mayor énfasis las "virtudes pública.5" que las «virtudes privadas». Así, la permisividad cívica es cada vez menor (con la excepción de las molestias que originan los fines de semana) .a la par que son más tolerantes con la mayoría de las virtudes privadas, como el aborto, el suicidio (en

alarmante crecimiento), la eutanasia (que lleva años siendo más legitimada que el aborto) y el divorcio, pero lo son cada vez menos con las („aventuras fuera del matrimonio», dato este que siempre he interpretado como una implícita demanda de fidelidad, de norte y hasta de seguridad.

Otro rasgo central de estos jóvenes es el de su implicación distanciada respecto de los problemas y de las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son adalides, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza, por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que conforme, salvo en grupos muy restringidos, un campo de batalla, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar las preocupaciones y el tiempo disponible. Siempre he pensado que en la utilización del tiempo libre durante los fines de semana el problema mayor no está (aunque también) en la in gesta abusiva y compulsiva de alcohol y otras drogas, con las consecuencias sabidas, sino en una especie de autismo social, aderezado de fusión orgiástica de pares, que los deja tirados para hacer algo de lo que dicen que es fundamental en la vida y que solamente puede llevarse a cabo durante las horas diurnas. Por eso he insistido, y lo repito aquí, que en los actuales jóvenes hay un hiatus, una falla, entre los valores finalistas y los valores instrumentales, cuestión que también resalta González Blasco en las últimas líneas de su capítulo. Lo digo con mis palabras: los actuales jóvenes invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad, etc.), a la par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un discurso bonito. Me refiero a los déficit que presentan en valores tales como el esfuerzo, la autorresponsabilidad, el compromiso, la participación, la abnegación (que ni saben lo que es) , el trabajo bien hecho, etc. Pienso que la escasa articulación entre valores finalistas y valores instrumentales está poniendo al descubierto la continua contradicción -amen de la dificultad- de muchos jóvenes para mantener un discurso y una práctica con una determinada coherencia y continuidad temporal, allí donde se precisa un esfuerzo cuya utilidad no sea inmediatamente percibida.

Quizá tenga razón Amando de Miguel cuando habla de jóvenes consentidos. Claro que no solamente hay jóvenes consentidos. También hay mayores consentidos, por ejemplo. Pero lo cierto es que estos jóvenes han crecido sin que nadie les haya hablado, menos aún impuesto, el concepto de límite. El límite no es plausible para muchos de los jóvenes de hoy, y todos los intentos, por ejemplo de señalar una hora de cierre para los locales nocturnos, los encontrará enfrente. Sen-